

Sayounara さよなら

CHRISTIAN EMMANUEL HERNÁNDEZ ESQUIVEL

La luz del ocaso no es la prueba más terrible del fin del día
quedan atrás las mañanas nubladas en medio del patio de ceremonias de la escuela
los partidos de futbol en el recreo
y la mirada tranquila de la niña del salón que me gustaba
—a quien nunca me declaré—

la panza terrible de comer chicharrones de harina con salsa
los empujones sobre la tienda escolar que vendía tortas
y el olor del papel de los libros de anatomía que repartía el gobierno

quedan recuerdos que no borraré de mi mente por más que enloquezca
el sonido del viento al soplar entre las copas de los pinos que acabaron cortando
el dulce chirriar de las ranas en los charcos mientras llovía en la tierra
la luz roja de carnaval sobre las bicicletas
el mar de tablas de tela de las faldas de mis compañeras
los labios color cereza de mi mejor amiga
y las primeras gotas de miel que por la noche me humedecieron



(lamento haber perdido tantas tardes frente a la televisión
ahora que puedo mirar el mundo que está afuera)

salgo a la calle
al horizonte se levanta un edificio como un barco
y sus banderas ofrecen rebajas en todos los departamentos
los marineros se acercan vendiendo revistas
limpiando cristales
pidiendo monedas
aparece un amargo sabor sobre la boca

¿qué hago aquí ahora que me voy tan lejos?

la tristeza es el herrumbre que trata de salir a flote
la nostalgia es un dolor sin nombre que calienta las tenazas lentamente para luego
arrancarte las muelas.

Febrero, 2004.